



Antonio Salas

El Palestino

الفاستيني

temas de hoy. en primera persona

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro  
y está calificado como **papel ecológico**.

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,  
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.

Colección: En Primera Persona

© Antonio Salas, 2010

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2010

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid

[www.temasdehoy.es](http://www.temasdehoy.es)

Primera edición: mayo de 2010

ISBN: 978-84-8460-859-2

Depósito legal: B. 21.630-2010

Impreso en Cayfosa (Impresia Gráfica)

Printed in Spain—Impreso en España

Con toda mi gratitud, a los amigos que han sabido comprender mis ausencias, durante meses, sin darles explicaciones, y han seguido estando aquí. A los que no las han comprendido, mis disculpas. Esta es la explicación que esperaban.

نَحْنُ أَوْلِيَاؤُكُمْ فِي الْحَيَاةِ الدُّنْيَا وَفِي الْآخِرَةِ وَلَكُمْ فِيهَا مَا تَشْتَهِي أَنْفُسُكُمْ وَلَكُمْ فِيهَا مَا تَدْعُونَ.

41, 31 لقرآن الكريم

A todos los camaradas y hermanos muertos durante la realización de esta infiltración: Omar, Gato, Andrés, Arquímedes, Esteban, Isa Omar, Santi... Con el respeto de un compañero de camino, distante en la ideología.

فَاتَّاهُمُ اللَّهُ تَوَابَ الدُّنْيَا وَحَسَنَ تَوَابِ الْآخِرَةِ وَاللَّهُ يُحِبُّ الْمُحْسِنِينَ.

3, 148 القرآن الكريم،

A mis camaradas revolucionarios y hermanos musulmanes, que me ayudaron a abrir la mente y comprender un mundo que me era extraño, y cuyos nombres no puedo pronunciar sin ponerlos en peligro... mi agradecimiento. A los que no me ayudaron, y considerarán este trabajo una traición al Islam, al socialismo o a la independencia de su país, merecedora de la pena capital... mi esperanza de que, al llegar al final de estas páginas, comprendan que la violencia nunca trae la paz. Solo más violencia.

قُلْ يَا أَيُّهَا الْكَافِرُونَ. لَا أَعْبُدُ مَا تَعْبُدُونَ. وَلَا أَنْتُمْ عَابِدُونَ مَا أَعْبُدُ. وَلَا أَنَا عَابِدٌ مَّا عَبَدْتُمْ. وَلَا أَنْتُمْ عَابِدُونَ مَا أَعْبُدُ. لَكُمْ دِينُكُمْ وَلِيَ دِينِ.

109, 1-6 القرآن الكريم



بيض اليوم خير من دجاجة الغد.

*Es mejor el huevo de hoy que la gallina de mañana.*

Proverbio árabe

El 17 de abril de 2009 salí de la mezquita, como cada viernes durante los últimos años, sereno en mi espíritu, reforzado en mi fe... y desarmado. Me incomodaba la idea de acudir a la mezquita con la pistola. No solo porque las posturas y genuflexiones que implica el *salat*, el rezo en el Islam, podrían dejarla a la vista, y, teniendo en cuenta que desde el 11 de marzo de 2004 todas las mezquitas europeas están llenas de soplones y confidentes de la policía, no tardaría ni cinco minutos en ser detenido de nuevo, sino porque, en lo más profundo de mi identidad musulmana, la que tanto me esforcé por asumir estos años, introducir un arma en la mezquita me parecía una falta de respeto hacia ese lugar sagrado y hacia mis hermanos. Dijesen lo que dijesen mis instructores en la lucha armada. Así que cada viernes, al acudir al rezo del mediodía, la dejaba en el coche, en el hotel o en la taquilla y la recogía al salir del templo. Durante mi formación paramilitar en Venezuela, mis camaradas guerrilleros me habían inculcado la rutina de las armas, imprescindible —según ellos— tanto para todo revolucionario como para todo mártir del Islam. Y más aún en circunstancias especiales como las de aquellos días, en que se suponía que debía escoltar de nuevo a un camarada libanés, ex responsable de inteligencia de Hizbullah, de visita en España...

Aquel viernes estaba en Madrid, esperando al oficial de Hizbullah, y había escogido la mezquita de Abu Bakr, en el número 7 de la calle Anastasio Herrero, más discreta que la famosa mezquita de la M-30 aunque entre sus paredes hayan rezado, infiltrados entre los cientos de musulmanes auténticos que la atestan cada día, algunos de los personajes más siniestros y emblemáticos de la historia del terrorismo internacional. Al salir, y una vez recuperada el arma, me dirigí a la

oficina de correos en la cercana calle Mariano Fernández. Tenía una misión que cumplir antes de reunirme con mi hermano libanés para escoltarlo.

Otro hermano, el boliviano comandante Eduardo Rózsa Flores, veterano combatiente en la guerra de los Balcanes y líder de la Comunidad Islámica de Hungría, me había dado órdenes muy precisas para que enviase un paquete a su hermana Silvia, en Bolivia, y yo siempre cumplía las órdenes. Sobre todo si venían de tipos como Rózsa. Así que, después del *salat*, mandé el paquete a la dirección que me había dado el comandante Rózsa en su último e-mail esa misma semana.

Al salir de la oficina de correos solo tuve que caminar unos metros y cruzar la calle para llegar a un cibercafé que conocía del barrio. Como palestino-venezolano, mi presencia en el locutorio frecuentado por inmigrantes siempre había pasado desapercibida, cuando me tiraba ocho o diez horas seguidas ante el ordenador. Y esa tarde tenía mucho trabajo pendiente. Mi «padrino», Ilich Ramírez Sánchez, más conocido como *Carlos el Chacal*, me había enviado varios textos y fotografías que debía subir a su página web oficial: [www.ilichramirez.blogspot.com](http://www.ilichramirez.blogspot.com). Hacía meses que el Chacal me telefoneaba desde su prisión en París para darme instrucciones, al menos una o dos veces por semana. Teodoro Darnott, líder de Hizbullah-Venezuela, condenado a diez años de cárcel por colocar una bomba en la embajada norteamericana en Caracas, y cuya página web también controlaba yo,<sup>1</sup> aún tenía acceso a Internet desde su celda en la central del espionaje venezolano, el helicoides de la DISIP,<sup>2</sup> pero Carlos no tiene permitido el acceso a la red en la cárcel francesa donde cumple pena de cadena perpetua, acusado de más de ochenta asesinatos, así que me enviaba por correo postal todos los textos o fotografías que deseaba incluir en su web. Y yo seguía al pie de la letra sus instrucciones.

El comandante Ilich Ramírez se sentía especialmente satisfecho con mi labor, y así me lo había hecho saber repetidas veces. Sobre todo desde que, cinco meses antes, asistí en su nombre a una reunión en Suecia, para que él pudiese participar en dicho encuentro a través de mi teléfono móvil, permanentemente pinchado por los servicios secretos franceses. Poco antes le había informado de que, gracias a mis contactos en Al Jazeera y en grupos islámicos radicales, por fin había conseguido una copia de la única entrevista concedida por el jeque Osama Ben Laden después del 11-S, y nunca difundida. Valorábamos la posibilidad de incluir ese vídeo inédito en su página web.

1. [www.teocraciavenezuela.blogspot.com](http://www.teocraciavenezuela.blogspot.com)

2. DISIP: Dirección General Sectorial de los Servicios de Inteligencia y Prevención, ahora SEBIN, Servicio Bolivariano de Inteligencia. Su sede central está en el siniestro edificio helicoidal de Caracas... en el que yo me había «colado» dos veces.

Gracias a esa web pudieron contactar conmigo miembros de los principales grupos «revolucionarios» del mundo: ETA, Hizbullah, FARC, Hamas, ELN... Y también miembros del movimiento neonazi, revisionistas y antisionistas, implicados en la causa palestina. Faltaban menos de dos meses para que yo tuviese que declarar como testigo protegido en el macrojuicio contra Hammerskin España, una de las organizaciones neonazis en las que me había infiltrado para mi anterior reportaje, *Diario de un skin*. Y ahora, sin proponérmelo, había tenido que volver a infiltrarme en el movimiento nazi, y a frecuentar los mismos lugares y personas que durante mi investigación sobre los skinheads NS. Pero esta vez bajo la identidad de un activista palestino...

A través de la web oficial de Carlos el Chacal, precisamente, también habían contactado conmigo personajes como Eduardo Rózsa, compañero suyo durante las legendarias operaciones europeas que protagonizó Ilich Ramírez en los años setenta y ochenta. Desde entonces, y siguiendo las órdenes de Carlos, yo me había convertido en un intermediario entre el Chacal y su viejo camarada de aventuras en Hungría.

Me acomodé ante el ordenador dispuesto a pasarme las siguientes horas respondiendo los e-mails que llegaban desde todo el globo para Carlos el Chacal, y actualizando su web, pero antes consulté mi correo. Y entonces el mundo se me cayó encima...

Desde que empecé esta infiltración, y en parte gracias a Eduardo Rózsa, había aprendido a manipular las redes sociales de Facebook, MySpace o Messenger, para tejer una comunidad internacional compuesta por miembros de diferentes grupos armados. Y además utilizaba el servicio de alertas de Google para rastrear a los hermanos y camaradas más afamados, con los que llevaba compartiendo mi vida desde el 11 de marzo de 2004. Cualquier noticia que se publicase en cualquier periódico del mundo sobre el líder de las Brigadas de Al Aqsa, Aiman Abu Aita; el fundador de Hizbullah-Venezuela, Teodoro Darnott; el «hombre de Al Zarqawi en España», Abu Sufian; el *Chacal* Ilich Ramírez, el tupamaro Chino Carías, el etarra José Arturo Cubillas o el comandante Eduardo Rózsa, entre otros muchos, llegaba automáticamente a mi e-mail. Los otros, los clandestinos, los que no eran terroristas famosos o fichados por los servicios de información, nunca llegaban a Google. Sin embargo, ese viernes 17 de abril se habían publicado cientos de noticias en la prensa internacional sobre Eduardo Rózsa, y las alertas de Google desbordaban mi buzón de correo electrónico.

No podía dar crédito, pero las fotografías de mi hermano musulmán, cosido a balazos esa madrugada en un hotel de Santa Cruz (Bolivia), eran muy elocuentes. Según los titulares de la prensa internacional, Rózsa y varios camaradas del comando que lideraba habían caído bajo el fuego de la policía boliviana, durante una violenta operación antiterrorista, destinada a abortar los

supuestos planes magnicidas de mi hermano. Según aquellos titulares, la célula liderada por Eduardo Rózsa planeaba asesinar al presidente Evo Morales y convertir el estado de Santa Cruz en una nueva Euskadi, un nuevo Kosovo, libre e independiente del Estado boliviano, utilizando las técnicas de guerrilla que Rózsa había aprendido en la guerra de los Balcanes primero, y en sus viajes a Iraq después.

No era ni el primero ni el último de los camaradas que había conocido durante mi infiltración en las redes del terrorismo internacional que moría acribillado a balazos durante esta investigación. Antes de Rózsa, media docena de mis compañeros en este mundo violento y sangriento habían sido tiroteados. Y otros lo serían posteriormente. Pero el caso de Rózsa era distinto. Según aquellos titulares, mi camarada comandaba una célula terrorista que pretendía asesinar al presidente de una nación, así que era obvio que los servicios secretos bolivianos primero y los de otros países después comenzarían de inmediato a rastrear la pista de Rózsa. Y esa pista, estaba claro, les llevaría al Chacal y por lo tanto a mí.

Además, el paquete que había enviado esa misma mañana a la hermana del comandante, en Santa Cruz, llegaría pronto a Bolivia. Exactamente el 25 de abril, según me confirmaría Silvia más adelante. Y eso aún apuntaría más en mi dirección las pesquisas policiales y periodísticas. De hecho, mi nombre árabe aparecía en numerosos medios de comunicación bolivianos, desde el mismo día de la muerte de Rózsa. Mis colegas periodistas, al intentar averiguar algo sobre el líder del comando terrorista que presuntamente planeaba asesinar a Evo Morales, se habían encontrado con la última entrevista que Eduardo Rózsa había concedido antes de morir... y esa entrevista se la había hecho yo. En menos de cuarenta y ocho horas me convertiría en uno de los objetivos de mis colegas latinos, e incluso sería entrevistado, clandestinamente, en varios medios del país, donde defendí una y otra vez la memoria del comandante Rózsa y la inocencia del comandante Ilich Ramírez en los supuestos planes de matar a Evo Morales... Eso era lo que se esperaba de mí. Por supuesto, todo aquello reforzaba aún más mi identidad árabe en los círculos terroristas.

Pero la muerte del líder de la Comunidad Islámica de Hungría, a quien Carlos el Chacal se guardaba como un as en la manga y para el que tenía planes de futuro, marcó un antes y un después en mi infiltración. A partir de entonces mis relaciones con miembros de ETA, Hizbullah, Hamas, Yihad Islámico, las FARC, los Tupamaros, el ELN, las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa, etcétera, no podrían ser mejores. Aunque ahora no solo corría el riesgo de ser descubierto como un periodista infiltrado en esas organizaciones, sino que podía terminar tiroteado, como mis camaradas, si los cuerpos de seguridad me confundían con un auténtico terrorista. Y no exagero.



Casualmente, un mes después de la muerte de Rózsa, el coche que yo solía conducir en Caracas voló por los aires. Ya en enero habían dejado un artefacto bajo el mismo, que en aquella ocasión no explotó. Pero en el segundo intento el viejo Seat Ibiza 1500 trasladado desde España y testigo de tantos encuentros clandestinos con grupos armados colombianos, vascos o venezolanos, en diferentes ciudades del país, ardió como una antorcha. Por fortuna no hubo heridos. Todavía hoy ignoro si aquel atentado fue obra de algún vecino escuálido, de algún otro grupo armado o de algún servicio de inteligencia.

Todos ellos tenían en su lista de objetivos a un tal Muhammad Abdallah, que había sido visto en Palestina, Líbano, Venezuela, Egipto, Siria, Cuba, Jordania, Marruecos, Túnez, Mauritania y parte de Europa, tras el 11 de marzo de 2004, relacionándose con líderes de conocidas organizaciones terroristas...



## Muhammad, *el Palestino*

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ الْحَمْدُ لِلَّهِ رَبِّ الْعَالَمِينَ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ مَالِكِ يَوْمِ الدِّينِ  
إِيَّاكَ نَعْبُدُ وَإِيَّاكَ نَسْتَعِينُ اهْدِنَا السِّرَاطَ الْمُسْتَقِيمَ...

*En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Alabado sea Dios, Señor del Universo. El Clemente, el Misericordioso. Soberano en el día del Juicio. A ti adoramos, de ti imploramos socorro. Dirígenos por el camino recto...*

El Sagrado Corán I, I

لسانك حصانك ان صنته صانك. وان خنته خانك.

*Tu lengua es como tu caballo: si le eres fiel te será fiel, si le fallas te fallará.*

Proverbio árabe

Mi nombre es Muhammad Alí Tovar Abdallah, Abu Aiman, *Al Falistini*. Soy gocho. Nací en Egido, estado de Mérida, en la «Venezuela Saudita» de Carlos Andrés Pérez. Aunque mi mamá y mis abuelos eran palestinos. Y como miles de palestinos huyeron de las fuerzas sionistas de ocupación israelíes, dejando atrás, en un pequeño pueblo cercano a Yinín, casa, tierras y olivos regados con la sangre derramada de los mártires. Pero no la memoria.

Mis abuelos maternos se encontraron con la Venezuela guerrillera y comunista de los años sesenta, adelantándose a la ingente inmigración atraída por la bonanza petrolera de los setenta y la naciente PDVSA. Y allí conocieron a la familia de mi papá, comunista y agnóstico, pero que terminó convirtiéndose al Islam para poder casarse con mi mamá.

Hasta que conoció la palabra del profeta Muhammad (SAAS), mi padre, marxista de convicción, se codeaba con la guerrilla venezolana, luchando contra los adecos de la cuarta república del presidente Betancourt y de su entonces ministro de Relaciones Interiores, y futuro presidente, Carlos Andrés Pérez. Días de plomo y selva. Compartiendo escaramuzas, o eso me contaba de niño, con el ya entonces legendario guerrillero Douglas Bravo... El destino

querría que muchos años después fuese yo quien entablase amistad y colaboración con este último, en la Caracas chavista del siglo XXI. De ahí mi relación con las guerrillas latinoamericanas.

Mi papá se enamoró de mi mamá al primer vistazo. Y dejó las armas para abrazar el Corán, porque un buen musulmán no tiene sitio entre sus brazos para ambas cosas, o eso creía. Aunque le costó convencer a mi abuelo para poder desposarse con ella. Y entonces llegué yo.

Nunca conocí a mi madre. La maté al nacer. Murió en el parto, y supongo que mi papá jamás me lo perdonó. De ahí que siempre haya sido un niño rebelde y conflictivo.

Solo conocí a mi mamá a través de la memoria y los recuerdos de mi abuelo palestino, un incondicional de Yasser Arafat, superviviente de la resistencia en Yinín y Nablus, que me hablaba siempre de ella y de nuestra tierra, Palestina, ocupada y saqueada por los israelíes desde 1948, con frustración y añoranza. Fue mi abuelo, el elegante Wassin, quien me inculcó el Islam desde niño, y quien se empeñó en que aprendiese la lengua del Sagrado Corán. Aunque tras su muerte olvidé durante muchos años todo lo que me había enseñado... y también la lengua del Corán. De ahí mi torpeza con el árabe.

A finales de los setenta, Luis Herrera Campins, de la mano de los conservadores católicos de COPEI, releva a Carlos Andrés Pérez en el poder, mientras busca «los reales», desaparecidos en las arcas del Estado, que tanto empobrecieron al pueblo de Venezuela. Y los sueños de la izquierda venezolana se desvanecen durante treinta años, manteniendo a los camaradas de mi papá como guerrilleros clandestinos hasta la llegada de Hugo Chávez. Así que mi familia, como otras familias comunistas, decide dejar Venezuela antes de 1979 y establecerse en España, donde estudié y viví casi veinte años. De ahí que apenas quede acento latino en mi español.

Fui un estudiante rebelde. Con un marcado conflicto de personalidad entre la herencia comunista de mi padre y la educación musulmana de mis abuelos. Y como buen musulmán y como buen comunista, sentí desde muy joven la vocación de servicio. Por eso, con solo dieciocho años comencé a trabajar como cooperante en diferentes organizaciones humanitarias en África y Oriente Medio. De ahí mis útiles contactos para el yihad en los países árabes.

Siendo voluntario del TRC en Yinín, Palestina, que dirige mi admirado amigo el doctor Mahmud Sehwal desde Ramallah, conocí a mi primera esposa: Dalal Majahad S., la mujer más hermosa de todo el mundo árabe, o infiel. Y la historia de mis padres se repitió en nosotros. Nos enamoramos nada más vernos. Pero su papá, miembro activo de Hamas, no aprobaba nuestra relación. Y menos aún mi formación comunista y mi vinculación familiar con Al Fatah. Así que nuestra relación fue clandestina. Y breve.

El 9 de marzo de 2004, mi amada esposa, embarazada del que sería nuestro primer hijo, se encontraba en Yinín durante una de las habituales incursiones de una patrulla israelí en suelo palestino. En el curso del enfrentamiento con la resistencia, una bala judía perdida entró por la ventana de la casa y acabó con la vida de mi esposa y de mi hijo Aiman, y también con mis sueños de futuro. Ahí surge mi deseo de convertirme en un muyahid y luchar en cualquier parte del mundo, contra los sionistas y sus aliados norteamericanos y europeos, hasta alcanzar el martirio.

Abandoné la cooperación, radicalicé mi formación islámica y recibí entrenamiento paramilitar en Venezuela. Y decidí que la solidaridad no protegía a los inocentes de las balas imperialistas. Solo otras balas, de mayor calibre, pueden hacerlo. Desde entonces mi intención es vivir y morir por el yihad, llevándome por delante a todos los infieles posibles.

Evidentemente, todo lo que acabas de leer es falso. Sin embargo, esta es la identidad ficticia con la que he vivido los últimos seis años, infiltrado en organizaciones terroristas internacionales, desde el 12 de marzo de 2004.



## PRIMERA PARTE

Año 2004 d. C., año 1425 de la Hégira<sup>I</sup>

---

i. El año nuevo musulmán, 1425, se celebró el 22 de febrero de 2004.





## El camino del muyahid

إِنَّ الْحَسَنَاتِ يُذْهِبْنَ السَّيِّئَاتِ

*En verdad, las buenas acciones arrojan a las malas.*

El Sagrado Corán 11, 114

الإنسان عدو ما جهل

*El hombre es enemigo de lo que ignora.*

Proverbio árabe

### Assalamu Alaykum

—¡Salas, no digas estupideces! ¿Cómo que te quieres infiltrar en el terrorismo islámico? Pero ¿tú eres imbécil o te crees Superman? ¿O las dos cosas?

El inspector Delgado siempre era muy elocuente cuando le planteaba mis proyectos y acostumbraba a escandalizarse por igual. Tuvo la amabilidad de presentar mi libro *Diario de un skin*, junto a Esteban Ibarra,<sup>1</sup> y me ayudó cada vez que necesité consejo. Y aunque hacía más de un año que había roto relaciones con él por razones que no vienen al caso, cuando volví a llamar a su puerta no la mantuvo cerrada. Yo no sabía nada sobre terrorismo, y menos aún sobre terrorismo islámico, así que le pedí ayuda para iniciar la investigación. Aunque aquel día de marzo de 2004, poco tiempo después de que la pista islámica saltase a los medios tras los atentados del 11-M, su reacción no fue la que esperaba.

—Definitivamente, estás loco. O borracho. O las dos cosas. Pero ¿tú te has visto? ¿Cómo vas a pasar tú por un terrorista árabe?

—Esto... yo... Bueno, si pude hacer lo de los skin y lo de las mafias, no creo que esto sea mucho más complicado —intenté replicarle. Y fracasé.

---

1. Presidente del Movimiento contra la Intolerancia.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo. Pero ¿adónde vas con esa pinta de chuloputas? ¿Cómo vas a pasar tú por un musulmán radical? ¿Tú quieres que te maten?

—Hombre, puedo dejarme la barba, cambiar el vestuario... no sé...

—No sabes, claro que no sabes. Pero si pareces un copito de nieve. ¿Cómo vas a aparentar que eres árabe?

—Puedo ir al solárium... Hay tratamientos para oscurecerte la piel, auto-bronceadores... no sé.

—Ya, ya sé que no sabes. No tienes ni idea. Pero ¿tú sabes algo del Islam?, ¿sabes algo de Al Qaida?

—Puedo aprender.

—¿Y también vas a aprender árabe? Listo, que eres un listo.

—Te prometo que estoy dispuesto a hacer todo lo que sea necesario. Y si hay que aprender árabe, pues aprenderé árabe.

—¡Los cojones! Vas a aprender árabe por los cojones. ¿Y con la polla...?

—No, hombre, aprenderé estudiando. Para eso está la facultad, hay cursos...

—¡No, idiota! Digo la polla, tu polla. ¿Te la vas a cortar?

Ahí me pilló. Me quedé con la boca abierta un momento y solo pude repetir:

—¿Cortar?

—¡Sí, sí, cortar! ¡Los musulmanes, como los judíos, se circuncidan! ¿Tú eres judío?

—Pues no.

—¿Te has circuncidado?

—Pues no.

Reconozco que los argumentos del inspector eran convincentes, pero lo de la circuncisión me parecía exagerado. No tenía ninguna intención de ir mostrando mi pene por las mezquitas, así que me tomé el comentario de Delgado más como un exabrupto espontáneo que como un inconveniente a la infiltración.

—Estás dispuesto a dejar el alcohol, el tabaco... y, lo que es peor, ¿vas a dejar de comer jamón, chorizo, morcillas, beicon...?

Después de un año conviviendo con traficantes rusos, rumanos, latinos o africanos, reconozco que me había acostumbrado a tener una copa de vodka y un cigarrillo en las manos a cualquier hora del día. «Un cigarrillo encendido con la colilla del anterior y un vodka a media mañana son testigos de su confesión», escribían M. Pampón y S. Barriocanal, en el diario Qué,<sup>2</sup> tras

2. Todas las palabras subrayadas en el texto cuentan con una continuación documental en Internet. Basta con entrar en la web del autor: [www.antoniosalas.org](http://www.antoniosalas.org), y añadir el término indicado para acceder a los informes, documentos, videos y otros contenidos extras.

entrevistarme para su periódico. En aquellos días el alcohol y el tabaco, por mal que suene esto, me ayudaban a anestesiar mi memoria tras todo lo vivido en las mafias del tráfico de mujeres. Por lo tanto, aquello de dejar de fumar y beber me sonaba utópico. Pero también innecesario. Tan innecesario como esa tontería de no comer cerdo, o circuncidarme. Bastaría con que los «moros» no me viesen fumar, beber, comer... u orinar. Está claro que en aquella época sabía tanto sobre el Islam como sobre el terrorismo. O sea, nada, pero estaba dispuesto a aprender.

A mí el 11-M me había pillado en Madrid, no muy lejos del piso, propiedad de su cuñado, desde el que la cantante colombiano-libanesa Shakira presenciaba las brutales escenas del atentado que conmocionó a España. Tres días antes, el 8 de marzo, se había presentado mi libro *El año que trafiqué con mujeres* en medio de una despiadada e injusta polémica. A pesar de que en él relataba mi infiltración en las redes internacionales de tráfico de niñas y mujeres para su explotación sexual, los medios de comunicación habían puesto el acento en la prostitución de famosas, y durante los días anteriores y posteriores a la publicación del libro, en todos los programas de todos los canales de televisión, no se hablaba de otra cosa.

Entre el 8 y el 11 de ese mes creo que quizás me convertí en el personaje más buscado por todos mis compañeros de la prensa, y la pregunta se repetía una y otra vez en todas las entrevistas: «¿Cuál será la próxima investigación de Antonio Salas?». Pero yo no tenía respuesta. La infiltración en las mafias de trata de blancas me había dejado emocional y psicológicamente tocado. Aún lo estoy. Así que me limitaba a permitir que mis compañeros especulasen sobre mi próxima investigación, con idéntico tino que en sus conjeturas sobre mi identidad real: ¿narcotráfico, tráfico de armas, corrupción política, prostitución infantil...? Así fue durante tres días. Luego vinieron el ruido y el silencio, el miedo y la solidaridad de todos los ciudadanos, la rabia y también la determinación de salir adelante. Con el caos de las bombas llegaron muchas lágrimas, pero también hubo milagros...

La mañana del 11 de marzo se produjeron muchos milagros en Madrid: el retraso de alguno de los trenes, la explosión de dos de las bombas más tarde de lo previsto, viajeros perezosos que perdieron el tren... Algunos de esos milagros son tan sorprendentes como el protagonizado por Sebastián Alburquerque, que esa mañana ingresó de urgencia tras la explosión en su vagón. Pasó una semana casi en coma, pero los análisis que le hicieron entonces detectaron un cáncer de riñón, que habría sido fatal de no haberlo descubierto a tiempo. Sebastián dice que sigue vivo gracias al 11-M. Quizás yo pueda decir lo mismo. Para todos los que, de una forma u otra, fuimos señalados por la providencia el 11 de marzo, las cosas no volverían a ser iguales; nuestras

vidas, como las de cientos de familias, cambiaron. Y yo decidí que tenía que ayudar haciendo lo único que sé hacer.

Abandoné Madrid esa misma mañana, aún en estado de *shock* por lo que acababa de ocurrir y por mi particular milagro, pero teniendo muy claro que no dispondría de tiempo para desconectar de la cámara oculta, como había planeado tras el infierno en las mafias de la trata de blancas. Mis planes de un descanso en un hospital psiquiátrico, no exagero, se vieron indefinidamente pospuestos tras el 11-M. En su lugar, aún con el eco de las sirenas y los gritos en mis oídos, comenzó a gestarse *El Palestino...* aunque tardaría varios días en dirigir mis pasos hacia el terrorismo islamista. Primero vino la pista de ETA, y con ella llegaron las prisas. El gobierno del PP atribuyó a la banda terrorista el atentado, y yo no tenía por qué dudar de la versión oficial. Así que tendría que aprender euskera, mudarme a algún piso en Bilbao o San Sebastián y recuperar todos mis antiguos contactos en la izquierda antisistema, para empezar a acercarme a los aberzales.

Casualmente, tras la publicación de mi anterior libro, se había puesto en contacto conmigo desde la prisión donde cumplía condena Juan Manuel Crespo, líder ultraderechista valenciano y ex empleado de Levantina de Seguridad.<sup>3</sup> Crespo no solo escribiría desde la cárcel *Memorias de un ultra* para la Colección Serie Confidencial,<sup>4</sup> sino que además había hecho en prisión muy buenas migas con miembros históricos de ETA como Urrusolo Sistiaga o Idoia López Riaño, *la Tigresa*. Aún no sabía cómo, pero Crespo podría ayudarme a acercarme a la banda. Ni siquiera tuve tiempo de formalizar mi matrícula en los cursos de euskera, en la escuela de idiomas de la plaza San Pablo de Bilbao.

El mismo 11 de marzo me había llamado mi amigo David Madrid, el miembro del Cuerpo Nacional de Policía que quizás me salvó la vida al alertarme de que un oficial superior me había delatado a los skinheads, cuando yo estaba infiltrado en el movimiento neonazi. Movilizado al lugar de las explosiones, como todos los policías de Madrid, me describió una escena atroz y ya entonces me habló de un coche abandonado y supuestamente relacionado con los terroristas, y una casete con algo en árabe, pero en aquel momento el gobierno del PP insistía en la autoría de ETA, y les creí. Y continué haciéndolo un par de días, hasta el 13 de marzo de 2004.

El escándalo estalló justo antes de las elecciones nacionales. Cada vez más

---

3. *El año que trafiqué con mujeres*, pág. 21 y ss.

4. *Memorias de un ultra: la historia secreta de la extrema derecha española*. Temas de Hoy, 2006. Colección Serie Confidencial de Antonio Salas.

indicios apuntaban a que los autores del atentado eran terroristas árabes y no vascos, y yo decidí dos cosas: que no acudiría a las urnas ese 14 de marzo, en vista de cómo los políticos se empeñaban en instrumentalizar el 11-M desde todos los partidos; y que aquel día empezaría mi diario de ruta a las entrañas de la internacional terrorista. Un viaje que se realizó con poco equipaje. Apenas una cámara de vídeo y un ejemplar del Sagrado Corán.

## Los primeros pasos

¿Cómo puede un europeo normal y corriente, no demasiado listo, sin formación ni experiencia en el mundo árabe, sin entrenamiento ni cobertura de ninguna agencia de inteligencia, sin más presupuesto económico que el derivado de la venta de sus libros anteriores, y sin más contactos que los de un periodista normal, infiltrarse en el terrorismo internacional? Era obvio que quien esto escribe tendría tantas posibilidades de acercarse a grupos terroristas árabes como un camarero, un informático o un obrero cualquiera. O menos. Así que lo mejor era empezar por el principio: la teoría.

Me propuse seriamente aprenderlo todo. Utilicé a todos mis contactos en los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado para matricularme en todos los cursos que se organizaran en España sobre terrorismo. Especialmente sobre el terrorismo yihadista. También tendría que aprender la lengua árabe. Y debería acceder a todos los informes, dossiers y bibliografía posibles sobre islamismo.

Y así, poco a poco, semana a semana, me fui haciendo con una voluminosa biblioteca. Y leí, leí muchísimos libros. Me pasaba las noches robándole horas al sueño, empollándome docenas y docenas de volúmenes. Todo lo que encontré sobre el terrorismo islamista, desde el punto de vista político, histórico, teológico, económico, policial... Sin embargo, en ninguno de aquellos libros conseguía encontrar la información psicológica que necesitaba para comprender qué pensaba, qué sentía un terrorista islamista. Algo imprescindible para poder convertirme en uno de ellos.

Casi todos los libros que leí estaban escritos por analistas occidentales, no musulmanes, que ofrecían una información fascinante, erudita, académica. Útil pero distante. Incluyendo a los expertos españoles más prestigiosos: Reinares, Irujo, Arístegui, etcétera. Todos terminarían siendo mis «profesores» en los cursos de terrorismo a los que asistí durante los siguientes tres años. Y, además, devoré sus libros, subrayando párrafos, tomando notas. Pero sin llegar a encontrar en aquellas páginas lo que necesitaba. Mi objetivo no era luchar frontalmente contra los islamistas, sino comprenderlos para poder convertirme en uno de ellos.

Y recuerdo a la perfección que el primer libro que leí, y en el que encontré un enfoque más cercano a mis objetivos, fue *Confesiones de un loco de Alá*,<sup>5</sup> de Khaled Al Berry. Publicado tras la tragedia del 11-S, y traducido al español en 2002, describe la evolución emocional y religiosa de un joven miembro de Yamma Al Islamiyya, organización radical egipcia. Khaled Al Berry desnuda su alma, relatando su adolescente descubrimiento de la sexualidad, sus dudas espirituales, su participación en la comunidad religiosa. Al Berry dibuja perfectamente el entramado radical islámico en el sur de Egipto, la competencia entre organizaciones como la Yamma Al Islamiyya y otras, como los Hermanos Musulmanes, y las rivalidades entre sus miembros. Sus reflexiones, sus esperanzas, sus miedos... Todo sorprendentemente similar a lo que podría describir el adepto de una secta judeocristiana radical. Y ese es el tipo de información que yo necesitaba, pero que me resultaba muy difícil encontrar.<sup>6</sup> Por supuesto también leí a los grandes teóricos del yihad,<sup>7</sup> como Sayyib Qutb, imprescindible para comprender el pensamiento islamista. Y por supuesto tiré mi maquinilla a la basura... no iba a necesitar volver a afeitarme en mucho tiempo. Seis años, para ser exacto...

Inmediatamente después del 11-M, muchos institutos y universidades organizaron cursos sobre terrorismo islamista, y creo que yo me matriculé en casi todos. Lo de volver a la universidad, después de tanto tiempo, no entraba en mis planes. Al principio me resultaba un poco complicado compatibilizar mi trabajo como periodista con la asistencia a todos esos cursos, y también a las clases de árabe en las que me matriculé ese mismo año. Pero no era el único. La rabia y la frustración generadas por el 11-M no solo hicieron que los presupuestos del Ministerio del Interior y el Ministerio de Defensa cambiasen. Los recursos que el CESID, actual CNI, la Guardia Civil y la Policía destinaban anteriormente a la lucha contra ETA se derivaron, en gran medida, a la lucha contra el terrorismo yihadista. Y muchos, muchísimos funcionarios de policía, o del CNI, decidieron motu proprio estudiar árabe y matricularse en los cursos de terrorismo organizados por Defensa, Interior o diferentes universidades españolas. Así que no era extraño que viejos conocidos volviésemos a encontrarnos.

5. La Esfera de los Libros, 2002.

6. Desde ese punto de vista, solo encontré un par de títulos más que me resultasen útiles: *My Jihad*, de Aukai Collins, un muyahid norteamericano que luchó en Chechenia junto con Al Jattab (The Lyons Press, 2002), y más tarde *Mi vida en Al Qaeda*, de Omar Nasiri, un colaborador marroquí de los servicios secretos franceses que recibió adiestramiento en Afganistán (El Andén, 2007).

7. La palabra árabe جهاد (yihad) significa literalmente «esfuerzo» y es de género masculino, aunque en Occidente con frecuencia se utiliza en femenino, traduciéndolo de manera errónea como «guerra santa». Yo prefiero ser fiel al género original y al significado real en árabe, empleándola en masculino.

Mientras esperaba mi turno para matricularme en uno de esos cursos y de forma absolutamente casual, volví a encontrarme con mi viejo «maestro», el agente Juan, con quien no había vuelto a hablar del tema desde que, en marzo, aún creía que ETA estaba detrás del atentado de Atocha. Juan es una auténtica anomalía en la plantilla de los servicios de información españoles. Creativo técnico informático y veterano profesional de la información, no solo había creado una red de «antenas» en el África subsahariana por encargo del Ministerio del Interior, y más concretamente de la Comisaría General de Extranjería y Documentación, sino que otras agencias de información habían llegado a contratar sus servicios de «espionaje», tal y como describí en *El año que trafiqué con mujeres*.

En cualquier caso y a pesar de que su especialidad son las mafias del tráfico de seres humanos, tras el 11-M habían decidido que sus informaciones también podrían ser muy útiles en el campo antiterrorista. Al fin y al cabo, África era su especialidad, y el norte del continente negro se estaba convirtiendo ya entonces en uno de los principales campos de cultivo de Al Qaida (La Base). Así que no debería haberme sorprendido encontrarlos a él y a su mejor colaboradora en la misma fila que yo.

Elegante, corpulento, siempre pegado a sus teléfonos móviles o a su agenda electrónica, nada podría hacer sospechar que aquel tipo, para quien se inventó la descripción de «absolutamente normal», era un agente de información. Nada salvo, quizás, sus vivaces ojos azules, que reconocí al segundo por encima de sus gafas de sol, de último modelo. Y su exótica acompañante era la más brillante de sus colaboradoras, Benedicta, una joven africana de belleza solo comparable a su inteligencia. Experta analista, terminó siendo la mejor alumna de nuestra clase; trabajaba como traductora en una comisaría de policía analizando grabaciones de intervenciones telefónicas a traficantes subsaharianos, y nos aventajaría a todos en su fluidez con el árabe. Pero Benedicta nunca podría ser una agente de campo. Demasiado atractiva para pasar desapercibida. A pesar de que la presencia de Juan y su mejor agente en aquella cola solo podía significar una cosa, me mostré sorprendido.

—¿Juan? ¿Eres tú?

—¡Hombre, Toni! ¿Qué haces aquí? —respondió, quitándose las gafas de sol.

—Vengo a matricularme en unos cursos. ¿Y tú?

—Yo también. ¿En qué cursos te matriculas?

—Los de terrorismo islámico. ¿Y tú?

—Yo también.

Y así fue como volví a reencontrarme con el agente Juan. Desde entonces, y hasta el momento de redactar estas líneas, coincidiríamos en varios episodios de nuestras respectivas investigaciones sobre el terrorismo internacional. Él, para el gobierno español. Yo, para mis lectores.

Lo mismo me ocurrió con el agente David Madrid. Con mi amigo, el policía autor de *Insider*,<sup>8</sup> llegué a compartir pupitre en la misma universidad madrileña durante alguno de esos cursos sobre terrorismo islamista en los que ambos nos habíamos matriculado. En aquel entonces, David estaba preparando un doctorado sobre análisis y prevención del terrorismo.<sup>9</sup> Y durante 2004, 2005 y 2006 coincidiría con él, y con varios de sus compañeros del Cuerpo Nacional de Policía (CNP), en diferentes cursos de lengua árabe y de terrorismo islamista. Incluido Juanma, otro agente del CNP con quien viviría una increíble anécdota unos meses más tarde. En ese mismo curso, por cierto, Juanma, David y yo tuvimos como compañeras de clase a un grupo de abogadas, opositoras a juezas, que durante alguna tertulia se confesaron admiradoras del periodista Antonio Salas y que nunca supieron que lo tenían sentado en el pupitre de atrás. Y también al juez Abdelkader Chentouf, amigo y compañero de Baltasar Garzón, y juez de la Corte de Apelación de Rabat e instructor de la investigación de los atentados de Casablanca, en mayo de 2003. Con el juez Abdelkader retomarí ese contacto, un tiempo después, cuando yo mismo viajase a Marruecos para hacer mis primeros estudios del Corán, y para seguir la pista de los atentados en Casablanca, Meknes y Marrakech personalmente...

Resultó casi conmovedor ver cómo muchos funcionarios de policía o del antiguo CESID habían decidido por su cuenta aprender árabe o formarse en materia de terrorismo islamista después del 11-M. Como yo, tenían que robar horas al sueño para poder estudiar, se pagaban por su cuenta los libros y los cursos, y todos los gastos añadidos que generaban. Lo que habían visto en las estaciones de Madrid, el día del atentado, había sido la mejor motivación para aquellos jóvenes idealistas que todavía se creían que la función de la policía es luchar contra los «malos», y proteger y servir a los ciudadanos. Los años y los políticos, y los mandos policiales, aún más politizados que los políticos, acabarían por asesinar todas aquellas ilusiones. Y casi todos terminarían abandonando los estudios del árabe y la formación antiterrorista en menos de tres años. Juan y David incluidos.

## Buscando mis raíces: del Sahara a Israel

A pesar de los sabios consejos de mi amigo el inspector Delgado, mi intención de infiltrarme en las redes del terrorismo internacional era absolutamente

8. *Insider: un policía infiltrado en las gradas ultras*. Temas de Hoy, 2005. Colección Serie Confidencial de Antonio Salas.

9. Ver prólogo de Antonio Salas al libro *Insider, un policía infiltrado en las gradas ultras*, Temas de Hoy, 2005, pág. 17.



inquebrantable. Tenía buenas razones, pero poca información. Así que mis primeros intentos de crearme una identidad ficticia como terrorista islámico resultaron una sucesión de errores y fracasos. Partía de prejuicios absurdos sobre el Islam, los mismos que tal vez tenía la mayoría de los norteamericanos tras el 11-S, y la mayoría de los europeos tras el 11-M o el 7-J.

Pretendía hacerme pasar por un terrorista árabe que además hablaba perfectamente español, y mi primera intención fue la de convertirme en un musulmán saharauí radicalizado por la ocupación marroquí. Esta antigua colonia española, situada en el desierto del Sahara, entre Marruecos y Mauritania, fue abandonada a su suerte en 1976. Desde entonces más de un cuarto de millón de seres humanos malviven de la caridad internacional en miserables campos de refugiados, mayoritariamente en Tinduf.

No era una mala opción. *جبهة البوليزاريو* (el Frente Polisario), acrónimo de Frente Popular de Liberación de Saguia Al Hamra y Río de Oro, probablemente sea una de las organizaciones armadas que despiertan más simpatías en Occidente. Sucesor del Movimiento para la Liberación del Sahara, el Polisario lucha desde los años setenta por la independencia del Sahara Occidental, de los colonizadores españoles primero y de los marroquíes después. Además, como comprobé personalmente, en el Sahara Occidental una buena parte de la población habla español, con bastantes modismos y acento canario, y eso explicaría mi acento y conocimiento del castellano cuando intentase infiltrarme en las organizaciones terroristas árabes. Por otro lado, un amplio porcentaje de la población europea expresa su solidaridad con los saharauis de diferentes maneras. Desde el apadrinamiento de niños, que todos los veranos visitan a sus familias adoptivas en España, Francia, Italia, etcétera, hasta la celebración anual del famoso Festival Internacional de Cine del Sahara. Un festival en el que se implican activamente un gran número de actores, directores o productores, tan famosos como solidarios, encabezados por el oscarizado Javier Bardem.

Como es evidente y por razones logísticas, me resultaría mucho más accesible, seguro y barato construir mi nueva identidad en el Sahara Occidental, mucho más cercano a España en distancia, lengua y cultura, que en ningún país de Oriente Medio. Pero aquella opción tenía dos pegas; la primera, que tras el 11-M los terroristas islamistas sin duda sospecharían intensamente de todo lo que pudiese sonar a España; todos los servicios de información españoles se concentraron en «cazar terroristas» islámicos al precio que fuese necesario. Y, por otro lado, el mayor enemigo de los rebeldes saharauis es Marruecos, y yo intuía que Marruecos era una de las principales canteras de *muyahidín* (مجاهدين),<sup>10</sup> o «guerreros» del Islam. Y es evidente que en Marrue-

10. Aunque en casi todos los ensayos sobre terrorismo que he leído se utiliza la expresión

cos no existe una simpatía especial por los saharauis, considerados una suerte de «gitanos» del desierto. Al final, decidí que arrancar esta investigación con la identidad de un saharauí iba a complicarme las cosas en Marruecos primero y tal vez en el resto del mundo árabe después. Así que opté por la segunda opción. Más lejana, más cara y mucho más distante culturalmente: Palestina.

Como le ha ocurrido a la mayoría de mis amigos, tan ignorantes y desinteresados por el mundo árabe como yo, siempre supuse que todos los musulmanes eran unos terroristas potenciales, pero los palestinos aún más. Nunca me había preocupado por conocer en profundidad el conflicto palestino-israelí y solo recordaba vagamente titulares de prensa o cabeceras de informativos, dando cuenta de tal o cual atentado terrorista contra los sufridos israelíes, a manos de algún fanático palestino suicida. Así que esa era una opción, de entrada, tan buena como la del radical saharauí. Aún tardaría un poco en descubrir que mi prejuicio sobre los palestinos terroristas musulmanes era una falacia, como la mayoría de las cosas que había escuchado tras el 11-M. La mayor parte de la resistencia palestina no es terrorista y ni siquiera es musulmana.

Como en todas mis investigaciones anteriores, soy *freelance*, empecé a buscar aliados en todos lados. No iba a contar con ningún apoyo económico, oficial ni humano en esta infiltración, así que tampoco le debía fidelidad ni obediencia a ninguna línea de investigación. De modo que llamé a todas las puertas para buscar información. En el año 2000, cuando intentaba acercarme al movimiento neonazi, había hecho lo mismo, acudiendo entre otras posibles fuentes al agregado de prensa de la embajada de Israel en Madrid. Y ahora volvía a retomar una fuente que ya había tocado entonces, solo que esta vez buscando información sobre terrorismo y no sobre los skin. Y fue un error. Uno de los muchos que he cometido en esta aventura. Pero pudo haber sido de los más graves. Con lo que hoy sé, quizás no habría rescatado de mi agenda el teléfono de Abraham A., un antiguo alto oficial del MOSSAD israelí a quien había conocido cuando intentaba reunir información sobre los movimientos neonazis internacionales.<sup>11</sup>

A pesar de haber conocido a infinidad de neonazis, traficantes, proxenetas y terroristas durante mis infiltraciones, Abraham es el primer hombre que he

---

*muyahidín* para referirse al combatiente islámico, y *muyahidines* para el plural de esa palabra, en realidad *muyahidín* (مجاهدين) es ya el plural de *muyahid* (مجاهد). Por lo tanto, yo utilizaré el término *muyahid* para referirme al guerrero islámico y *muyahidín* para su plural, que es la transcripción del árabe que considero correcta.

11. *Diario de un skin*, pág. 23.

conocido en mi vida cuya sola mirada me ha infundido temor. El segundo sería un jefe de inteligencia de Hizbullah con quien confraternizaría años después en Caracas. Los dos muy altos y fuertes, más allá de la cincuentena y del metro noventa, y con un número indeterminado de muertes a sus espaldas. Muy parecidos física y moralmente, ambos poseen unos ojos grises, fríos como el hielo. Por su apariencia exterior, el israelí Abraham y el libanés Issan S. podrían muy bien haber sido hermanos; sin embargo, son enemigos irreconciliables. A muerte. A un extremo y otro del conflicto árabe-israelí.

Supongo que, cuando le dije a Abraham que pensaba infiltrarme en los skinheads NS allá por 2002, le parecí un «chico simpático pero un poco chalado». Es evidente, o eso creía yo, que los judíos como Abraham son los principales interesados en la lucha contra el antisemitismo nazi. De hecho, desde aquel entonces nos reunimos en unas ocho o diez ocasiones, y compartimos comidas y tertulias cordiales en Barcelona, la ciudad donde reside a día de hoy, supuestamente retirado del espionaje israelí. Pero creo que no me tomó muy en serio.

—¿Quieres infiltrarte en los skinheads? —me había dicho el del MOSAD—. Bueno, son solo la tropa de base de personajes más siniestros y poderosos, que no llevan la cabeza rapada.

—Pero ¿podéis orientarme, darme alguna idea? No sé por dónde empezar.

—La verdad es que no, Antonio. Nosotros no nos ocupamos de los peces pequeños... —me dijo en aquel momento, dejándome a mi suerte.

Curiosamente, recuerdo con claridad que en aquella primera conversación me comentó que a su «agencia» le interesaban personajes más influyentes que los skinheads, y prometió que mencionó de manera explícita a Ahmed Rami, un oficial del ejército marroquí refugiado en Suecia, que dirigía Radio Islam, un poderoso medio de comunicación revisionista y antisionista, con contactos en todas las organizaciones neonazis del mundo. La providencia querría que unos años después yo tuviese la oportunidad de conocer a Ahmed Rami, precisamente en Barcelona, y durante el transcurso de la presente infiltración.

Cuando en 2003 le expliqué a Abraham que pensaba infiltrarme en las mafias del tráfico de mujeres, me tomó un poco más en serio. Pero cuando en 2004 cometí el error de pedirle ayuda para mi nuevo objetivo, él ya sabía que no bromeaba. Ya le había demostrado en dos ocasiones que cuando decía que pensaba infiltrarme en un colectivo criminal, terminaba haciéndolo. Sin embargo, Abraham, como los demás servicios secretos, no estaba dispuesto a ayudarme gratis. Hasta aquella noche de 2004, la última vez que lo vi en persona, Abraham y yo siempre nos habíamos reunido en locales públicos de Barcelona. Normalmente autoservicios. Pero cuando le dije que estaba haciendo cursos sobre contraterrorismo y estudiando árabe para infiltrarme, su acti-

tud cambió. Y el último día que lo vi me invitó a cenar en su casa. Me mostró su estudio, equipado con lo más moderno del espionaje electrónico. Me presentó a su esposa, a su hija y al novio de la misma. E intentó convencerme de que aceptase viajar con él a Tel Aviv para recibir formación «especial» con la inteligencia israelí. Me habló de un mundo nuevo, de lujo y glamur, que podría conocer de su mano. Me prometió introducirme en el *lobby* judío norteamericano, presentarme a Steven Spielberg, a David Copperfield y a no sé cuántos famosos judíos más. Incluso juró ser amigo íntimo del juez Baltasar Garzón... «Toni, se acabaron las infiltraciones sin medios, sin recursos, ahora vas a conocer un mundo diferente», fueron sus palabras literales. Pero me asusté.

A pesar de todas las imaginativas tonterías que se han escrito sobre mí, nunca he trabajado para ningún servicio de información español, y mucho menos iba a hacerlo para un servicio extranjero. El relativo éxito que han tenido mis últimos trabajos me ha permitido una independencia económica y una libertad que no tenía intención de perder, y menos aún por una causa que me era tan ajena como la israelí. El éxito de *Diario de un skin* me permitió sufragar la investigación de *El año que trafiqué con mujeres*, sin necesitar la ayuda de ninguna cadena de televisión, línea editorial ni mucho menos agencias de información. Y *El año que trafiqué con mujeres* ha sido la única fuente de financiación de esta infiltración en el terrorismo internacional, con la misma independencia. Sin embargo, esa no fue la única razón por la que agradecí y rechacé la generosa oferta de Abraham. Había algo más. Tal vez fuese el frío gélido que inspiraba su mirada gris. O quizás mi amarga experiencia con los responsables de un servicio policial, como el que me delató a los nazis. O a lo mejor fue solo ese sentimiento etéreo e indefinible que llamamos intuición, y que me ha salvado de situaciones difíciles muchas veces. El caso es que cuando salí de la casa de Abraham, tras aquella cena tan cordial, fue la última vez que lo vi en persona. Y solo volví a hablar con él, por teléfono, en una ocasión.

### **Ammán: la puerta de Palestina**

Ya había decidido que mi identidad en esta nueva infiltración sería la de un radical palestino, así que necesitaba preparar una biografía creíble y un *atrezzo* lo más auténtico posible para la puesta en escena de mi nuevo personaje. Desechada la opción saharauí, habría sido demasiado evidente, caro y difícil hacerme pasar por un iraquí, un iraní o un afgano. Además, ni los iraníes ni los afganos hablan árabe. Y por eso viajé a Jordania.

En Ammán, una ciudad tan cosmopolita y moderna como cualquier capital europea, y a la que debería regresar en varias ocasiones durante esta investigación, adquirí todos los «complementos» necesarios para mi personaje.

Compré ropa, libros, objetos de decoración y todo lo que, en mi profunda ignorancia, debería servir para habilitar mi nuevo hogar como la casa de un musulmán radical. Cuadros con imágenes de la Kaaba (الكعبة), el templo sagrado de La Meca; un teclado de ordenador con los caracteres árabes; diccionarios; mapas, ropa tradicional, etcétera. A decir verdad, lo único que iba a conseguir con todo aquello es parecer un occidental que intentaba pasar por árabe, mientras que los verdaderos terroristas yihadistas son árabes que intentan parecer occidentales. Así que, en realidad, yo debía convertirme en un occidental, que pareciese un árabe, que intenta parecer occidental... Algo bastante más sutil y complicado. Como todo en esta infiltración.

Desde Ammán crucé a Israel con la intención de hacerme algunas fotografías en Belén, Jerusalén o Ramallah que pudiesen fortalecer la biografía de mi nueva identidad, como la de un palestino radical.

Viajé en coche desde Ammán hasta el paso fronterizo del puente del Rey Hussein. Y crucé del lado jordano al israelí en el transporte que une los dos puestos fronterizos. En mi autobús viajaban varios israelíes y también varios árabes; jordanos, palestinos o de otras nacionalidades. Supongo que mi aspecto todavía podía recordar más al de un occidental que al de un árabe.

En aquel momento desconocía la enfermiza pero comprensible paranoia de los servicios de seguridad israelíes y sus extremas medidas de seguridad en las fronteras del país. Yo no soy ningún funcionario del CNI, ni tengo ningún adiestramiento ni formación especial. Estoy tan cualificado para «jugar» a los espías como cualquier ciudadano europeo que trabaja en algo que no tiene nada que ver con el espionaje. Y aquella situación me vino grande. Los controles israelíes son muy exigentes: hay que pasar varios detectores de metales, revisiones del equipaje y entrevistas con funcionarios de seguridad, y cuando crees que has concluido el ciclo, vuelve a comenzar. Llegué a pensar, que todos los militares de la aduana sabían que era Antonio Salas intentando entrar en el país para hacerme pasar por un terrorista palestino. Así que, después de cuatro horas y media de constantes interrogatorios y de registrar una y otra vez mis maletas, caí en el error de los novatos y telefoné a Abraham para pedirle ayuda.

—¿Shalom, Abraham? Soy Antonio Salas. Perdona que no te haya llamado en tanto tiempo, pero ahora tengo un problema. Estoy en el paso de la frontera del puente del Rey Hussein, llevo más de cuatro horas intentando entrar en Israel pero no hay manera. ¿Puedes ayudarme?

—No te preocupes, ahora mismo te mando a alguien. No te muevas de ahí —me respondió el del MOSSAD, cortante y contundente.

En una ocasión, Abraham me había contado que uno de sus hijos era piloto de combate en Israel. Uno de los responsables de los bombardeos a los asentamientos terroristas palestinos, quizás uno de los autores de los últimos

bombardeos a la Franja de Gaza. En aquel momento todavía me creía a pies juntillas la versión israelí sobre el conflicto, y por un segundo pensé que quizás sería el hijo de Abraham o alguno de sus antiguos subordinados del MOS-SAD quien vendría a recogerme. Sin embargo, intuí que si permitía que la inteligencia israelí se pegase a mí en aquel primer viaje a Palestina, después iba a ser muy difícil quitármela de encima. Además, en cuanto viesen mi pasaporte se habría acabado mi anonimato. Y sé por experiencia que un periodista infiltrado puede convertirse en la mejor moneda de cambio prescindible con la que negociar un intercambio de información. Me lo enseñó el mando policial español que me delató a Hammerskin. Así que, como siempre, me dejé llevar por la intuición.

Hice esa llamada, la última vez que hablé con Abraham, por culpa de los nervios y la inexperiencia. Si hubiese esperado solo cinco minutos más, habría descubierto que esos controles tan estrictos son habituales en Israel, que nadie sospechaba de mí a pesar de mi incipiente barba y mi cara de culpable. Por eso, cuando me entregaron mi pasaporte y mi maleta, y me dijeron que podía continuar, salí lo más rápidamente posible del puesto fronterizo, me metí en un taxi y me marché sin esperar al contacto que Abraham enviaba en mi ayuda, apagando el teléfono móvil y quitándole la batería.

### «¡Si Salas tiene huevos... que se vaya a Palestina!»

En Jerusalén (Al Quds) me concienció del miedo con el que vive la mayoría de los israelíes, siempre recelosos de los autobuses, las cafeterías o cualquier otra concentración humana donde un terrorista suicida palestino pudiese detonar su carga explosiva. En aquel momento me parecían comprensibles todas las medidas de precaución que Israel tomaba para evitar el paso de terroristas a sus territorios... Aún no tenía muy claro de quién eran realmente dichos territorios.

En Ramallah adquirí buena parte del *atrezzo* para mi álter ego palestino. En las calles Al Irsal, Palestine, Al Ma'es o Al Nahda, que rodean la emblemática plaza Menara y su emblemático monumento de los cuatro leones, existen montones de tiendas y comercios, y también puestos callejeros, donde es posible adquirir desde pasamontañas con el anagrama de Hamas a vídeos con las últimas voluntades de los terroristas suicidas o las últimas hazañas del escurridizo Yuba, el francotirador de Bagdad.

Y fue allí, en un ordenador de mi hotel en Ramallah, donde me di cuenta de que realmente tengo compañeros periodistas a los que les gustaría verme muerto y donde encajé algunos de los ataques que mis abundantes críticos me dirigían desde España. En mi país había estallado una feroz polémica tras

la publicación de mi libro *El año que trafiqué con mujeres*: se abrió un debate encarnizado sobre la prostitución, que se prolongó durante meses e hizo que los proxenetes y sus clientes se sumasen a los neonazis en su odio hacia *Tiger88*. Internet se llenó de descalificaciones, insultos y ataques, y también de especulaciones, conjeturas y divagaciones sobre mi identidad real, mis motivaciones y mis objetivos. Incluso surgieron páginas web enteras dedicadas a desacreditarme, aunque lo más interesante es que se nutrían de conjeturas, basadas en rumores, fundados en suposiciones totalmente falsas, que unas webs reproducían de otras. Y que ponían a mi servicio aquellas especulaciones sobre mi paradero, mi identidad o mi próxima infiltración, muy alejadas de la realidad, que me permitían continuar infiltrado. Sin proponérmelo y como mandan los preceptos del arte de la guerra de Sun Tzu, mis detractores, con el fin de perjudicarme, se iban a convertir en mis mejores aliados en esta infiltración. Desde un propietario de burdeles que intentaba eliminar competencia hasta un judío antifascista, pasando por una mujer despechada, un grupo de periodistas, un parapsicólogo visionario o un agente del MOSSAD encubierto, se me otorgaron todas las identidades imaginables.

Esos días, en un conocido periódico levantino, un comentarista que resultó ser colega y paisano de José Luis Roberto, presidente del partido ultraderechista España2000 y cofundador de la federación de burdeles ANELA,<sup>12</sup> me dirigía todo tipo de descalificaciones, anunciaba acciones legales contra mí e incluso especulaba con una de mis supuestas identidades reales. Pero lo mejor es que, tras desearme la suerte de mis compañeros asesinados Julio Anguita Parrado, Salvador Ortega o Xosé Couso, se indignaba porque dedicase mi libro a Couso, a quien yo conocía desde años antes de su muerte y que había sido mi cámara en alguna ocasión. El colega de Roberto terminaba invitándome, «si tenía huevos», a infiltrarme en América Latina o en Oriente Medio... Otra conocida figura del periodismo incluso precisaba más, afirmando: «Si tiene huevos, que se vaya a Palestina». Lo tragicómico es que yo leía aquellas críticas desde Ramallah, y después me pasaría meses y meses en América Latina y en todo Oriente Medio. Pero no podía utilizar eso en mi defensa.

He tenido que esperar seis años para poder responder a aquellos ataques. Yo ya estaba en Palestina cuando mis críticos, desde sus cómodas oficinas en Europa, me retaban a infiltrarme en Oriente Medio con la esperanza de que una bala perdida consiguiera lo que no lograron los skin o las mafias. Y esa es una de las pegadas de este tipo de periodismo. La única forma en la que puedo defenderme de mis detractores es con mi trabajo. Yo no puedo, ni

12. *El año que trafiqué con mujeres*, pág. 21 y ss.

quiero, ni debo, enzarzarme en acalorados debates para justificar mis investigaciones. Mi único argumento es el fruto de mi trabajo. Y, por desgracia, el anonimato es imprescindible para realizar una investigación como infiltrado dentro de grupos criminales. Aunque habría bastado que aquellos comentaristas, escandalizados con mi denuncia contra la prostitución, hubiesen leído el libro que cuestionaban. De haberlo hecho verían que en el cuadernillo *Diario de un traficante de mujeres* incluido en la última edición del libro y también accesible en [www.antoniosalas.org](http://www.antoniosalas.org), mi última anotación estaba redactada en Jerusalén. No habría sido demasiado difícil deducir, como hizo alguno de mis lectores más sagaces, que ya estaba en Palestina.

Hoy confieso que el único objetivo de aquel primer viaje a la tierra de Jesús era completar el *atrezzo* de mi personaje, familiarizarme con algunos lugares que después utilizaría para dar credibilidad a mi biografía palestina y fotografiarme en ellos, así que no me preocupé mucho por conocer el conflicto árabe-israelí. Siempre había leído que los palestinos eran terroristas suicidas que obligaban a los sufridos colonos judíos a vivir armados hasta los dientes. Hoy no veo el problema con tanta simpleza y frivolidad como lo continúan haciendo muchos de mis colegas.

Me limité a escoger un pequeño pueblo cercano a Yinín, en el norte de Palestina, como el origen de mi familia y de mi linaje: Burqyn (بـرـقـين). Era un buen lugar para establecer mis raíces. Tranquilo y muy discreto, pero con una larga historia. Situado a unos tres o cuatro kilómetros al suroeste de Yinín, por la carretera 6155, tiene unos siete mil habitantes. La mayoría son musulmanes, aunque existen unas veinte familias cristianas (ortodoxas), que mantienen con orgullo la iglesia de San Jorge, el mayor tesoro de Burqyn, cuyo origen está entrelazado con el relato bíblico. Visité dicho pueblo, paseé por sus calles, memoricé su historia e intenté autoconvencerme de que aquel era el pueblo de mis padres y de mis abuelos. Tenía que conseguir la forma de implicarme emocionalmente con aquel lugar, para que en el futuro, cuando tuviese que hablar de mis raíces palestinas, mi discurso resultase coherente.

Volví a España para retomar las clases de árabe. Y también para empezar a dibujar el perfil de mi nueva identidad, aunque ese perfil tendría que ser retocado una y otra vez a medida que iba profundizando en mi conocimiento del mundo árabe, el Islam y el terrorismo, y me desprendía de todos los tópicos y prejuicios que tenía sobre ellos antes de iniciar esta aventura.

### **Muhammad Abdallah Abu Aiman... viudo y muyahid**

Tenía claro que mi nuevo nombre sería Muhammad Abdallah. Escogí Muhammad por ser el nombre del Profeta del Islam, traducido despectivamente en



Occidente como Mahoma.<sup>13</sup> Al mismo tiempo es un nombre tan sencillo y corriente como llamarse Jesús en cualquier país cristiano. Y Abdallah porque casi todos los nombres árabes tienen un significado, y Abdallah significa «el siervo de Dios». Me parecía un nombre perfecto para alguien que pretendía convertirse en un terrorista yihadista y en un mártir del Islam.

También tenía claro que necesitaba un argumento de peso para justificar mi intención de llegar a inmolarme, como terrorista suicida. Así que se me ocurrió que un traumático drama familiar podía ser una razón verosímil. Por ejemplo: los judíos habían asesinado a mi familia, y de ahí mi odio hacia Israel y hacia sus aliados europeos y norteamericanos. Ahora solo necesitaba documentar esa tragedia. Y por eso, ya de vuelta a España, acudí a Fátima, una *escort* de lujo ceutí, de origen marroquí, que conocí gracias al año que trafiqué con mujeres. Fátima —que como es natural no se llama Fátima— es una joven muy bella, con ese atractivo exótico de la mujer árabe. Morena, de ojos negros y piel tostada, era una de las prostitutas más requeridas en la agencia de Barcelona donde ofrecía sus servicios de compañía. Y ella creía, erróneamente, estar en deuda conmigo.

Tras un año en una de las agencias más conocidas de la ciudad, su padre, un marroquí de férreas convicciones islámicas, amenazaba con viajar a Catalunya para visitar a su hija y conocer su forma de vida en la Península. Fátima le había dicho a su familia que trabajaba de secretaria, y ahora necesitaba encontrar urgentemente una tapadera para que su padre no descubriese la montaña de mentiras en las que había transformado su vida. Y por eso acudí a mí en aquella ocasión. Según ella, si su padre descubría que su querida y única hija ejercía la prostitución, algo tan reprobable para el Islam como para el cristianismo, las consecuencias serían fatales.

Hice algunas llamadas y un viejo amigo, director de una revista catalana, accedió a prestarse al engaño, ofreciéndome incluso, si era necesario, una mesa en su oficina para mi amiga. De esta forma pudimos cubrir las espaldas de Fátima para que su padre no la descubriese. Así que, cuando algún tiempo después le pedí que se hiciese pasar por mi primera esposa árabe, accedió. Y lo que es más generoso por su parte, no hizo preguntas.

En realidad solo necesitaba que Fátima se hiciese pasar por mi mujer un par de horas. Lo justo para preparar nuestro «álbum familiar». Alquilé un

13. El nombre **محمد** es uno de los más frecuentes en los países árabes. Dependiendo del dialecto y la transcripción al inglés, francés, español, etcétera, se traduce como Mohamed, Mohamé, Muhamed, Muhammed e incluso, para referirse al Profeta del Islam, como Mahoma. Según mi criterio, la transcripción correcta es Muhammad (ya que las vocales e y o no existen en lengua árabe), pero respetaré los nombres propios de algunos personajes de esta investigación tal y como ellos los utilizan en sus países de acogida.

apartamento en la Barceloneta. Austero, sin ostentaciones. Nada que pudiese identificarlo como una vivienda europea. Decoré toda la casa con elementos del *atrezzo* que había traído de Oriente Medio. Retratos de Yasser Arafat, cuadros con imágenes de Palestina, grabados del Corán, una *shisha* o *narguila* (la tradicional pipa de agua árabe) y hasta ejemplares del *Al Quds* (uno de los principales diarios palestinos de Jerusalén) o revistas árabes, que desperdigué sobre los sofás o las estanterías de forma aparentemente casual. Todo lo que en mi corto conocimiento podía imaginar que daría credibilidad a la decoración de una casa palestina, si alguien examinase con lupa las fotos que nos íbamos a hacer. Incluso coloqué a Fátima en el cuello un pequeño colgante, una Kaaba de plata, que después yo utilizaría en mis viajes como si fuese una herencia emotiva de mi esposa muerta.

Me había traído también un par de *hiyabs* (el velo que cubre el cabello de la mujer, habitual en muchos países musulmanes) y ropa femenina y masculina de estilo árabe. Y Fátima accedió a hacerse varias fotos conmigo. Con diferentes vestuarios, en diferentes fondos, como si realmente aquellas imágenes pudiesen certificar una larga relación de pareja y una convivencia que se habría visto truncada por el asesinato de mi esposa a manos de los israelíes. Las fotos quedaron estupendas y siempre funcionaron como una coartada perfecta. En los años sucesivos, cuando las mostraba en cualquier mezquita europea, africana o americana, ya no necesitaba explicar el porqué de mi odio a los judíos y a sus aliados europeos o yanquis. Si una imagen vale más que mil palabras, las imágenes de aquel matrimonio palestino, truncado por los israelíes, valían por toda una enciclopedia. Coloqué las fotos de mi matrimonio en un pequeño álbum con fotos auténticas de mi infancia, fotos que me había tomado en viajes anteriores por algún país árabe, y las fotos de los nuevos viajes durante la actual infiltración. El objetivo es que, cuando me registrasen el equipaje en mis sucesivos viajes, aquel álbum pudiese probar mi vida como musulmán. Y ese álbum de fotos, que también puede consultarse en [www.antoniosalas.org](http://www.antoniosalas.org), terminaría obrando milagros...

Ahora solo necesitaba encajar en mi coartada una historia real que pudiese superponer a las fotos de mi supuesta esposa asesinada, por si alguien intentaba contrastarla, así que acudí a la embajada de Palestina en Madrid, a las ONG propalestinas y a los archivos periodísticos, hasta encontrar entre las víctimas palestinas de la ocupación israelí una que se correspondiese con el perfil de mi amiga Fátima.

No fue demasiado difícil. Las listas de jóvenes palestinas asesinadas durante la ocupación israelí son generosas, y di con muchas historias, todas ellas dramáticas, que podían encajar con mi traumática viudez. Como la de Husam Jalal Salim Odeh, de veinticuatro años, tiroteada cerca del *checkpoint* de Huwara; Sha'ban Tahrir Hisham, de dieciséis años, que recibió un tiro en la cabeza

durante la incursión de una patrulla en el campo de refugiados de Jabalya; o Najwa'Awad Rajab Kalif, de veinticuatro años, bombardeada desde un helicóptero en su escuelita de Gaza, en la que murió con cinco de sus alumnos... La ocupación israelí me ofrecía docenas de jóvenes palestinas, muertas de forma traumática y brutal, para poder utilizar en mi coartada. Pero finalmente me decidí por el caso de Dalal Majahad. Una joven de veinticinco años que el 9 de marzo de 2004 se encontraba en su propia casa, en Yinín, cuando una patrulla israelí entró en la ciudad y se inició un tiroteo. Una bala perdida atravesó la ventana y arrebató la vida de Dalal en un suspiro. Daño colateral lo llaman.

Escogí a Dalal por varias razones. Primero porque Dalal es también el nombre de la primera guerrillera palestina muerta en combate contra la ocupación israelí (Dalal Al Maghribi), y era fácil recordarlo. Segundo, porque Yinín era una de las ciudades más emblemáticas de la resistencia palestina, y que yo había visitado en mi primer viaje. Tenía suficientes fotografías mías en sus calles y avenidas como para componer una historia creíble. Además, Burqyn (el pueblo que había escogido como el origen de mi familia palestina) se halla a solo tres kilómetros de Yinín. Por otro lado, Dalal fue asesinada el 9 de marzo de 2004. Solo dos días antes del 11-M y veinticuatro horas después de la publicación de mi libro *El año que trafiqué con mujeres*. No me iba a resultar difícil recordar la fecha en la que me quedé viudo.

Memoricé la historia de Dalal, y me esforcé mucho en implicarme emocionalmente en aquella tragedia. Tenía que conseguir que se me quebrase la voz, que me asomasen las lágrimas al relatar el asesinato de la Dalal real, superponiendo sobre ella el rostro de mi amiga Fátima. No se me ocurre un argumento mejor para justificar mi supuesto odio a los judíos y a sus aliados occidentales. Y mi deseo de inmolarme llevándome por delante a todos los infieles posibles.

La historia encajaba perfectamente. Dalal tenía casi la misma edad que Fátima. Fue uno de los infinitos «daños colaterales» de la ocupación israelí. Y, para darle un mayor dramatismo, incluí en mi relato que Dalal estaba embarazada de mi primogénito, que se llamaría Aiman. Creo que hasta el terrorista más insensible podría comprender mi odio hacia Occidente por la muerte de mi esposa y mi hijo nonato. Y lo comprendieron. Incluso el legendario Ilich Ramírez Sánchez, alias *Carlos el Chacal*, me daría su más sincero y sentido pésame cuando, cuatro años después y mientras cumplía una misión para él en Estocolmo, le relaté mi tragedia familiar.

Ese año estudié mucho. De hecho llegué a pensar que no se podía estudiar más. Tenía que robar tiempo a mi trabajo oficial para acudir a las clases de árabe. Buscar excusas para asistir a los cursos de terrorismo sin que mi familia se percatase. Quitar tiempo a los amigos para leer todo lo que podía sobre terrorismo, Al Qaida, Ben Laden, Palestina... Al final racionaba las horas de sueño, pasé de siete a seis diarias. Mi vida social iba menguando. Ni mis amigos,

ni mi familia, ni mis compañeros de trabajo o de clase tenían la menor idea de lo que estaba haciendo, aunque mi barba —que no me había vuelto a afeitar desde marzo— inspiraba ya algunas bromas entre mi gente. Por fortuna, mi familia y mis amigos están acostumbrados a mis cambios radicales de *look*.

Era evidente que todavía me encontraba en una fase puramente teórica y de formación. Me limitaba a asistir a conferencias, ver documentales, leer y estudiar. Todavía faltaba mucho para que aprendiese a montar y desmontar, y a disparar un AK-47, un M-4, un lanzagranadas o una Uzzi, o me acostumbrase a dormir con un arma debajo de la almohada.

### **Infiltrados antiislamistas contra infiltrados anticristianos**

Después del 11-S y más aún después del 11-M, la desconfianza, el desprecio e incluso el odio a los musulmanes se extendió por España, como antes lo había hecho en los Estados Unidos, y tras el 7-J por el resto de Europa. Aunque no llegué a participar en ninguna, ya que sería imprudente dada mi intención de infiltrarme en ellas, comprendía las numerosas manifestaciones que se convocaron en toda España contra la implantación de nuevas mezquitas o incluso contra las que ya existían. En Premià de Mar (Barcelona), en Felanitx (Mallorca), en Sales de Viladecans, en Madrid... Por todo el país, y como ocurriría en Reino Unido, Francia, Italia o Suiza, asociaciones de vecinos y ciudadanos anónimos, espontáneamente, se echaron a la calle para expresar su rechazo al Islam.

Eran hombres y mujeres sinceros. Ciudadanos honrados. Europeos educados en la tradición judeocristiana, y en su mayor parte católicos, sin ningún antecedente racista o xenófobo, pero que, como yo, identificaban musulmán con terrorista. Y en países de tradición cristiana, como Portugal, Francia, Bélgica o Gran Bretaña, ejercían su derecho a expresar su repulsa contra una religión y una cultura que les eran extrañas. Sin embargo, cuando los informativos emitían las imágenes de las manifestaciones populares en Argelia, Egipto, Irán o Turquía, donde otros ciudadanos honrados expresaban también su rechazo a una religión extraña: el cristianismo, a nosotros se nos antojaban fanáticos fundamentalistas...

En medio de aquellas manifestaciones contra las mezquitas y los centros islámicos, convocadas por honrados ciudadanos sinceramente preocupados (y desinformados), padres de familia, amas de casa y vecinos de todas las tendencias políticas, se infiltraron mis viejos camaradas de la extrema derecha, conscientes de que era un terreno fértil para sembrar su ideario racista y xenófobo.

En Sevilla, los vecinos del barrio de Bermejales llegaron a constituir una plataforma contra la construcción de una gran mezquita en la ciudad: [www.mezquitanogracias.com](http://www.mezquitanogracias.com), impulsada intensamente por el partido ultraderechista

Democracia Nacional, sin que los vecinos de Bermejales fueran conscientes de que estaban siendo instrumentalizados por los nazis. En Badalona, las protestas contra las mezquitas de Sant Roc, Artigues, La Salut y Llefia fueron convocadas por la Plataforma per Catalunya, movimiento liderado por el ex dirigente de Fuerza Nueva Josep Anglada. En Reus (Tarragona), y en una fecha tan simbólica como el 11 de septiembre de ese año 2004, mis antiguos compañeros skinheads, bastante menos diplomáticos que sus camaradas de Fuerza Nueva, directamente atacaron la mezquita del polígono Dyna —donde yo terminaría rezando más de una vez—, rompieron sus cristales y dejaron pintadas contra el Islam y los musulmanes.<sup>14</sup>

Algo parecido pasaría con la mezquita de La Unión, en Málaga. Mis antiguos camaradas skin de Alianza Nacional irían adquiriendo un enorme protagonismo en el movimiento neonazi español en el siglo XXI. Incluso acogerían entre sus filas a Eduardo Clavero, líder de Batallón de Castigo que llegó a componerme una canción llena de amenazas, tras *Diario de un skin*. Los ultraderechistas de AN atacaron varias veces la mezquita, reventaron la puerta y dejaron numerosas pegatinas decoradas con una caricatura del profeta Muhammad, caracterizado como un terrorista, y la leyenda: «El enemigo está dentro. Inmigrantes islámicos, ¡expulsión!». Esa mezquita sería importantísima para mi infiltración más adelante.

En Talayuela (Cáceres), mis otrora compañeros del Movimiento Católico Español y Acción Juvenil Española, con José Luis Corral a la cabeza, se unieron a las protestas vecinales contra la construcción de una nueva mezquita en el pueblo. La Guardia Civil les incautó las octavillas que los ultras de Corral estaban repartiendo entre los manifestantes, y en las que se podía leer el mensaje islamófobo que, en el fondo, muchos aceptábamos pero solo mis antiguos camaradas ultraderechistas se atrevían a expresar. Entre otras lindezas, las octavillas repartidas en la manifestación antimezquitas de Talayuela decían:

Sufrimos una invasión de inmigrantes que no serían problema si tuvieran nuestra misma cultura, religión, modo de vida, o al menos respetaran lo nuestro y se integraran. Pero eso es imposible con el Islam. Lo saben nuestros antepasados, que lo sufrieron durante nueve siglos... El Islam es una religión fanática e intolerante, que no permite nada más. Lo saben todos los que conviven con ellos en cualquier parte del mundo. Donde hay musulmanes y otras religiones hay un conflicto inacaba-

14. En octubre del año siguiente, cuando los neonazis volvieron a intentar atacar la mezquita de Reus, seis adultos y tres menores fueron detenidos portando incluso una caja con nueve cócteles molotov para, presumiblemente, incendiar el templo. En marzo de 2010 el caso pasaría a la Audiencia Nacional, aplicándoseles el artículo 577 del Código Penal, después de que el macrojuicio contra Hammerskin, en el que yo participé como testigo protegido, sentase un precedente judicial al considerar a los grupos neonazis como bandas criminales organizadas.

ble. Desde Filipinas hasta Nigeria, en Indonesia, Timor, la India, Pakistán y Cachemira, Oriente Medio, Tierra Santa, Kosovo, Sudán o Etiopía. No importa la raza ni la cultura, siempre, siempre, el Islam trata de imponerse violentamente en cuanto se siente con fuerza para ello. Y los cristianos que quedan van siendo exterminados. No se pueden hacer nuevas iglesias en los países musulmanes, ni predicar el Evangelio. Convertirse al cristianismo es condenado con la pena de muerte... Lo saben muy bien los franceses, por ejemplo, con miles de pueblos y barrios donde no puede entrar un francés ni tampoco la policía, convertidos en ghettos donde impera la Sharia, la ley islámica... Aunque no todos los musulmanes son fanáticos ni violentos, ni siquiera la mayoría, engendrarán siempre, inevitablemente, otros que sí lo serán. Y ahora, con el terrorismo, con las armas de destrucción masiva, con las bombas, gases y suicidas, el peligro es gravísimo. No podemos albergar nidos de terrorismo, de violencia y de intolerancia... Lo de menos es la delincuencia, las violaciones, la competencia desleal en el trabajo y el consiguiente descenso de los salarios, el crecimiento del paro y el aumento de alquileres. No importan tanto las ayudas que se les dan con fondos públicos que pagamos los demás con nuestros impuestos, ni la saturación de los servicios sociales, escuelas y hospitales. Lo grave es el futuro. Si ahora se instalan, nuestros nietos tendrán que enfrentarse a ellos inevitablemente, y expulsarán a los invasores o tendrán que irse de su pueblo, de su tierra y de su Patria. Además, en aplicación de la democracia, cuando sean mayoría podrán exigir la independencia. El Zapatero de turno conversará con ellos y se lo concederá, sobre todo si acumulan muertos sobre la mesa de negociación... Que se vuelvan a su país y nos dejen en el nuestro...

Un antiguo proverbio árabe dice: «Mientras vivamos en la ignorancia seremos siempre enemigos». Hoy sé que este ejemplar conjunto de estupideces, mentiras, prejuicios, tópicos y falacias es tan injusto como ofensivo para los musulmanes. Pero después del 11 de marzo de 2004, muchos europeos estábamos más dispuestos a creérnoslo. Y sé también que las asociaciones de vecinos y los honrados ciudadanos europeos que convocaban o asistían a aquellas manifestaciones antiislámicas no eran conscientes ni responsables del uso político y propagandístico que los neonazis hacían de ellas. Pero hoy también soy consciente de que en las otras manifestaciones similares ocurría exactamente lo mismo, aunque al revés. En las movilizaciones anticristianas que surgieron en todo el mundo árabe, ante la creciente islamofobia que se extendía por Occidente, se infiltraban también radicales, esta vez yihadistas, tan infames, violentos y fanáticos como nuestros neonazis. Y tan alejados de los honrados ciudadanos musulmanes de esos países como los fascistas lo están de nosotros.

En medio de esa tensión interreligiosa, en noviembre se produjo la segunda detención del periodista sirio Taysyr Aluny, pero a casi nadie le importó demasiado. A pesar de que Aluny había sido el único periodista del mundo

que había conseguido entrevistar a Ben Laden después del 11-S y una pieza importante en este rompecabezas.

Su caso conmocionó a la comunidad periodística árabe, sin embargo a los colegas occidentales no nos preocupó demasiado. Y menos aún después de que, un mes más tarde, Pilar Manjón compareciese en representación de las víctimas ante la Comisión de Investigación del 11-M. Su testimonio, desgarrado, nos impresionó a todos. Por primera vez prestábamos atención, a nueve meses de la masacre, a la voz del sufrimiento, del tormento indecible de quienes perdieron en aquellos trenes a sus seres queridos. En el caso de Manjón, a su hijo. Y, a mí, aquel testimonio me renovó el ánimo. Si antes de aquella comparecencia había considerado la posibilidad de tirar la toalla un par de veces ante mi incapacidad para el árabe, escuchar a Manjón me hizo pensar que todo esfuerzo contra el terrorismo merece la pena. Y todos estamos invitados a hacerlo.

Manjón y las demás víctimas del 11-M nos evidenciaron la cara más amarga del efecto mariposa. Antes de esa fecha, las víctimas de la violencia en otros rincones del planeta llamaron a nuestra puerta para pedir ayuda y, como no les abrimos, la echaron abajo.

Hasta el 11 de marzo creíamos que la agonía y el sufrimiento de pueblos lejanos, las guerras libradas en países remotos, no nos afectaban. Los dramas que diariamente se viven en Afganistán, Palestina, Sudán, Pakistán, Chechenia, etcétera, parecían simples imágenes bidimensionales, sin olor, que se asomaban a nuestras pantallas a la hora de los informativos gracias a profesionales como mi compañero Xosé Couso. Pero el 11-M aprendimos, con sangre, que el eco de los gritos de un torturado en una cárcel iraquí, de las bombas en las montañas afganas o de los disparos en los territorios ocupados palestinos podía resonar, amplificado, en las estaciones de tren de Madrid.

## Desde Israel con amor...

Sin duda el lector comprenderá que, metido en un proyecto tan ambicioso como este, cuando el 28 de diciembre de 2004 recibí un e-mail de la televisión israelí, creyese que la nueva infiltración se había ido al traste. ¿Cómo era posible que, precisamente el día de los Santos Inocentes, un canal de la televisión israelí se pusiese en contacto conmigo, mientras preparaba mi nueva identidad como radical palestino para infiltrarme en las organizaciones terroristas internacionales? ¿Cabía la posibilidad de que el MOSSAD israelí hubiese descubierto mis intenciones e intentase utilizarme de alguna manera? ¿Tenía mi amigo Abraham A. algo que ver con este contacto? Quizás pequé de paranoico, pero en mi oficio la paranoia puede salvarte la vida. El e-mail en cuestión era como para tener la mosca detrás de la oreja, y más dadas las circunstancias:

Para: tonisalas2000@yahoo.es  
Fecha: martes, 28 diciembre, 2004 4:43 PM  
Asunto: televisión israelí, canal 2

Estimado señor Salas,

En los últimos meses estamos produciendo una serie documental para el canal 2 de la television Israeli sobre el antisemitismo el mundo. Para el capitulo sobre España nos gustaria poder intrevistarlo sobre el tema de los movimientos neo-nazis en general y los ultra-sur en particular. Si este proyecto le interesa, por favor contactanos en uno de estos e-mails: rohilevi@..., lewi@..., ronatamir@... gracias, atentamente,

Rohi Bet Levi  
Guionista

En los e-mails posteriores —que me limito a transcribir tal y como los recibí—, Rohi Bet Levi me amplió la información sobre su proyecto, y aparentemente mi paranoia con el MOSSAD parecía infundada:

Estimado señor Salas:

Antes de todo gracias por responder rápidamente. Aqui estan unos detalles sobre la produccion de nuestra compañía (TTV) Estamos produciendo una serie de documentales para la television Israeli sobre el antisemitismo, que sera transmitido en el canal 2 de television en horario central. la serie tratara sobre el antisemitismo moderno en Europa, America del Sur y los Estados Unidos, cada capitulo durara aproximadamente 50 minutos. Esta sera la primera vez que la television Israeli otorga 200 minutos en horario central para un tema tan dificil e importante. La produccion esta apoyada por la Fundacion Eli Wiesel, Y tenemos la cooperacion del Ministerio del Exterior de Israel, la Agencia Judia (Sojnut), la ADL, como tambien la ECJC y otras organizaciones que luchan contra el antisemitismo en el mundo.

Las grabaciones en España serian aproximadamente desde el 20 al 30 de enero y queriamos saber las fechas probables en que nos podriamos encotrar en Madrid. Estamos consientes de la importancia de mantener su anonimato en el caso de que usted lo deseara. Tambien necesitaríamos otra pequeña ayuda para contactarnos con algun representante o ex integrante de los Ultrassur en Madrid.

Para que nuestra comunicacion sea mas clara nos gustaria contar con su numero telefonico y tambien le pasamos los nuestros :

Rohi: 00972-52...

Rona(en ingles): 00972-54...

Otra vez gracias y espero que esteemos en contacto

Rohi Bet Levi



Mi editora me convenció de que el argumento de los israelíes era muy razonable. Al fin y al cabo, los judíos eran una de las víctimas preferidas del odio neonazi, y *Diario de un skin* se había convertido en un libro bastante conocido, dentro y fuera de España. Además, en 2004 se había concluido el rodaje de la película basada en mi infiltración en el movimiento skin, que se presentaría en el Festival de Cine de Málaga en abril de 2005. Y en enero de ese mismo año comenzaba el rodaje de la película inspirada en mi infiltración en las mafias del tráfico de mujeres. Así que parecía razonable, decía mi editora, que hasta Israel hubiesen llegado noticias de mi trabajo y esa fuese la razón de su interés en entrevistarme. Sin embargo, durante la grabación de dicha entrevista creo que los israelíes se dieron cuenta de mi incomodidad, aunque era imposible que pudiesen imaginar la razón de aquella tensión, hasta el momento en que lean estas líneas.

Más tarde, al regresar a Palestina para reunirme con altos mandos de Hamas, el Yihad Islámico o las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa, me arrepentiría mucho de haber concedido aquella entrevista a la televisión israelí. Porque al emitirse en uno de los canales nacionales, todo Israel y Palestina estaba ya en disposición de conocer a un tal Antonio Salas, un periodista español que realizaba reportajes de investigación como infiltrado. Aunque para entonces yo ya había conseguido burlar los controles de la policía israelí colando clandestinamente en el país un equipo de grabación con cámara oculta...

